ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA

VIAJE DE BODA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MARIANO BARRANCO



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1886

VIAJE DE BODA.

VIAJE DE BODA

JUGUETE COMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

MARIANO BARRANCO

Estrenado con gran éxito en el Teatro de LARA el día 8 de Febrero de 1886.



MADRID: 1886
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1.

PERSONAJES.	ACTORES.
LIBRADA................	Sras. Valverde.
ADELAIDA..............	» Romero.
PASCUALA..............	» Mavillard.
TOMASA................	Srta. Romea D'Elpas.
CÁNDIDO...............	Sres. Ruiz de Arana.
RODRÍGUEZ.............	» Tamayo.
NICASIO...............	» Balada.
UN MOZO DE LA VENTA....	» Serna.

Derecha é izquierda, la del actor.

ACTO ÚNICO.

Posada en un pueblo de la Mancha. La escena está dividida. La habitación de la derecha es un cuarto de paso bastante grande con ventana y puerta al foro. Puerta lateral á la derecha y otra á la izquierda que conduce al cuarto de este lado; un cuarto de dormir. Cama al foro con cortinas, una mesa y varias sillas.

ESCENA PRIMERA.

Es de noche. Al levantarse el telón se oyen fuertes truenos, y á través de la ventana, que estará abierta, se ven brillar algunos relámpagos y se oye el ruido de fuerte lluvia. La escena está oscura.

PASCUALA, y á poco TOMASA.

PASC. (Saliendo por primera derecha.) Jesús, María y José!... Vaya una tormenta que se nos ha echado encima! Y juraría haber oido el pito de la máquina del tren. (Al aproximarse á la ventana se ve brillar un relámpago.) Tomasa..

TOM. (Al paño.) Ya voy.

PASC. Vamos pronto... (Se oye un trueno.)

TOM. (Saliendo.) Qué sucede, señá Pascuala?

PASC. No oyes que está tronando y lloviendo á más y mejor?

TOM. Calle! Pues es verdad. No había oido nada.

PASC. Parece imposible que tengais oidos. (Trueno.)

Santa Bárbara bendita que en el cielo estás escrita con papel y agua bendita! (Se oye un pito.)

TOM. Uy! Y qué es ese pito que ha sonao?

PASC. Ah! Lo has oido tú también?

TOM. Ya lo creo! (Relámpago.) Eso es que ha *desencarrilao* el tren que viene de Madrid, ó que no pué pasar por la crecía del rio. Pué que venga aquí alguno á pedir auxilio.

PASC. Menos mal si viene herido y pasa aquí una temporada; nos pagará todo lo que he dejado de ganar desde que no corren las deligencias.

TOM. Ya lo creo!

PASC. Mira, por si acaso, anda al pajar y despierta á Nicasio, pá que se acerque á ver lo que ocurre.

TOM. Bueno, ahora le llamaré.

NIC. (Al paño.) Señá Pascuala...

PASC. Eh!... No es esa la voz de Nicasio?

TOM. Eso parece. (A la ventana.) Quién va?

NIC. (Fuera.) Que abran ustés la puerta, que traemos una señora de las que iban en el tren.

PASC. Anda! No dije? Del desencarrilo sin duda.

TOM. Y la traerán ya difunta?

PASC. Qué se yo? Anda, abre, y que la suban aquí.

TOM. Pues digo á usted que si la traen ya muerta...

PASC. Otra! Y qué culpa tenemos nosotros? Defunta ó viva, si lo paga bien, se le da lo que haiga en casa y despachao.

TOM. Está claro, si lo paga...

PASC. Anda, abre, abre. (A la ventana.) Ya vá; acercáos hácia la puerta del camino. Buena vendrá la tal señora si le ha caido encima toa el agua que Dios ha echao.

NIC. (Al paño.) Señá Pascuala...

PASC. Por aquí, entrarla por aquí.

ESCENA II.

DICHOS.—LIBRADA.—NICASIO y el MOZO DE LA VENTA.
(Librada con las ropas muy mojadas y conducida, desmayada, en brazos de Nicasio y el Mozo.

PASC. Jesús, cómo viene! Entrad, entrad.

NIC. Redemonio! Miste que pesa más que un costal de patatas de ogaño.

TOM. Uy! Y qué mojá viene!

PASC. Tráete una silla y colocarla aquí.

NIC. Sí, que yo no puedo más.

MOZO. Ni yo.

TOM. Chorreando viene.

NIC. Como que le ha caido encima tóo el deluvio eniversal. Ajajá. (Sentándola.)

PASC. Y viene herida?

NIC. Nosotros no la hemos registrao por drento, pero se nos desfigura que no tiene más que el sobresalto de la mesma sorpresa.

PASC. Eso será.

NIC. Porque miste, cuando yo y éste íbamos páncia el camino á ver el desencarrilo, venía ella corriendo y dando chillidos páncia nosotros. Y de que llega á donde éste... cataplúm! Se deja caer con toda su alma sobre éste.

MOZO. Como que má tirao de memoria.

TOM. Já, já! Qué bestia!

NIC. Y yo entónces la cojo por los piés y éste por la *caeza*, y ná, que nos la tragimos aquí, porque algo nos dará por haberla socorrío.

MOZO. Eso es.

NIC. Que si nos da algunos cuartos, al fin y al cabo hemos hecho una obra de caridá.

PASC. Ya lo creo! Anda, Tomasa, tráete agua y vinagre.

NIC. Eso dicía yo: ronciarla un poco á ver si devuelve de sí.

PASC. Qué rociarla? Darla un poco de beber para que se le pase el susto.

NIC. Otra! Pues para beber mejor sería un buen vaso de aguardiente.

PASC. Quiá, hombre!

LIB. (Moviéndose.) Ay, ay!

PASC. Calla! Ya parece que vuelve.

NIC. Sí, ya se menea.

LIB. (Sin abrir los ojos.) Ay! Nicasio!...

NIC Eh?

PASC. Qué es eso? Te llama á tí?

NIC. Corcho! Ha dicho mi nombre.
PASC. Pero te conoce?
NIC. Que má de conocer, si yo no la he visto en mi vida.
LIB. Nicasio!...
PASC. Otra vez?
NIC. Recorcho! Pues no hay duda que me llama á mí.
PASC. Levantémosla la cortinica esta del sombrero y ponte aquí pa que te vea en cuanto abra los ojos.
NIC. Eso si que es güeno! Me conoce y yo no sé quién es! (La han levantado el velo del sombrero.) Uf, que fea!
PASC. Y qué vieja!
TOM. Uy! Y entoavía lleva la pamela y el vestío de colorines!
PASC. Chist. Callar!
LIB. Ay, Nicasio!. .
NIC. No hay cuidiao. Aquí estoy yo á su lao de usted.
LIB. (Abriendo los ojos y asustada.) Eh?... (Dios mío... quién es este animal?)
NIC. Si soy yo, Nicasio.
LIB. Eh? Jesús!... Pero dónde estoy? Qué sucede? Cómo no está aquí el tren?
PASC. El tren?
NIC. Anda! Pues si se ha quedao allá en el camino.
LIB. En el camino? Eh!... Entónces, dónde estoy? Quién me ha traido aquí?
NIC. Yo y este la tragimos aquí
LIB. Eh! Que me han traido? Ay, ay! Qué caras!... Dios mío!... Estoy sin duda en... en una cueva de ladrones... Ay!
NIC. Qué?
TOM. (El demonio de la vieja.)
PASC. Oiga usted, señora, qué es eso de ladrones? Con que el llevar un duro mejor que una peseta cuando una se lo puede ganar, es ser ladrones?
NIC. Pues no hay en toa la provincia venta más desacreditá que ésta, sí señora.
TOM. Está claro.
NIC. Y si no que lo diga la dueña.
PASC. Ladrones!... Pues me gusta!...
LIB. Una venta?... Ah! Sí... ya recuerdo. . la tormen-

ta... Yo acababa de dormirme, y un fuerte extremecimiento... El tren descarriló, no es eso?

NIC. Pues está claro.

PASC. Y á ver qué sería de usted si éstos no la hubiesen á usté recogido.

LIB. Ah! Sí, sí; ustedes perdonen. El aturdimiento... De modo que ustedes me socorrieron? De modo que estoy en salvo, eh?

PASC. Sí, señora; no tenga usté cuidiao.

LIB. Entónces... dónde está mi marido? Cómo me ha dejado sola? Ay, Dios mío! Qué se ha hecho de él?

NIC. Su marido?

LIB. Claro está. Creen ustedes acaso que yo viajaba sola?

NIC. Cuando nosotros la cogimos, no vimos á nadie por allí.

LIB. Ay, ay! Santa Rita de Casia! Tal vez herido... cadáver tal vez!...

PASC. Quiá!

NIC. Cómo herido? Pues si dicen que no habido desgracia ninguna.

LIB. De veras? Oh! Gracias, joven, gracias.

NIC. Sí; gracias á nosotros que la recogimos del suelo á fuerza de puños.

LIB. Ah! Me caí? Sí, desmayada, sin duda.

NIC. Desmayada? Puede; pero pesaba usté como si se hubiera comido un carnero.

LIB. Eh? (Qué ordinario!)

NIC. No lo digo por la propina; pero... le digo á usté que...

LIB. Bien; pero hay que buscar á mi marido; buscarle á todo trance. Cómo voy á estar yo sola?

TOM. Anda! (Ya puede estarlo!)

PASC. No se apure usté; ya irán estos á decirle que está usté aquí y que no le pasa nada malo.

LIB. Oh! Sí, sí, háganme ustedes ese favor.

NIC. Güeno, iremos, aunque llueve mucho... y no tóos se prestarían. No lo digo por la propina, está usté?... Pero...

LIB. Oh! Sí, yo prometo recompensar á ustedes con creces.

NIC. Eh? Con qué ha dicho? (A Tomasa, bajo.)

TOM. Con nueces, creo que ha dicho.

NIC. Y pa qué queremos las nueces? Mire usté, señora, con que nos dé usté luego un par de duros...

LIB. Oh! Cuanto ustedes quieran, con tal que parezca mi marido.

NIC. Sí? Pues anda, Dionisio: al camino por ese hombre.

LIB. Sí, sí, por Dios.

NIC. Por Dios y por los cuarenta reales, que lo que es á caritativo no me ha ganao á mí naide en la provincia.

LIB. Sí, sí; vayan ustedes.

NIC. Deja eso ahí, y al avío. De aquí á luego. (El mozo deja sobre una silla un saquito de mano que trajeron y sale por foro.)

ESCENA III.

LIBRADA.—PASCUALA y TOMASA.

LIB. Dios mío! Qué viaje! Y en qué circunstancias ha venido este contratiempo!

PASC. Bah! No se apure usté. Ya quisieran muchos encontrarse aquí como usté.

LIB. Uy! Qué es esto? Si estoy mojada como si me hubiera metido en un baño!

PASC. Bah! Eso se seca pronto.

LIB. Pero calle!... Ahora recuerdo que no les he dado á esos jóvenes...

PASC. La propina? Ya se la dará usted luego.

LIB. No, las señas de mi marido

PASC. Anda! Pues tonto es Nicasio pa que se le escape.

LIB. Oh! Lo que es tonto yo le aseguro á usted que no lo es.

PASC. Como que hace seis meses que se casó y ya tiene un par de criaturas.

LIB. Mi marido? Ojalá!

PASC. Nicasio el mozo.

LIB. Ah! Se llama también Nicasio?

PASC. Nicasio, sí señora.

LIB. Y dice usted que tan pronto ha tenido dos niños?

PASC. No señora, niño y niña como dos carneros, mejorando lo presente.

LIB. (Calle!... Si habrá sido esto providencial? Si será ya inútil nuestro viaje á un puerto de mar?) Diga usted: son salinas las aguas de este pueblo?

PASC. Las aguas de aquí? No las hay mejores en toda la provincia.

LIB. Pero, tienen mucha sal?

PASC. No lo sé; pero sí que deben tenerla porque nosotros pagamos una contribución tan solamente por la sal.

LIB. Oh! Procuraré que Nicasio beba un buen vaso de ellas.

PASC. Conque, quiere usted acostarse?

LIB Ah! Pero, habrá que pasar aquí la noche?

PASC. Toma! Y una semana también

LIB. Cómo! No correrán los trenes hasta de aquí á una semana?

PASC. Toma! Como que las aguas del rio pasarán por encima del camino.

LIB. Entonces, sí. Yo necesito descansar.

PASC. Claro está! Se acuesta usted, y mañana será otro día

LIB. Pero, y mi marido?

PASC. Toma! Si voy á darle á usted una cama de matrimonio más grande que la plaza del pueblo.

LIB Ménos mal. Entonces, cuando venga mi marido..

PASC. Sí, señora; la llamamos á usted, se acuesta también, y mañana será otro día.

LIB. Ay! Qué viaje! En fin, con tal que las aguas de este pueblo le hagan provecho á Nicasio, todo lo doy por bien empleado.

PASC. Vamos, vamos; pase usted á esta habitación, y no hay que apurarse por nada (Entran en la de la izquierda.)

LIB. Jesús! Pero si estoy como una sopa!

PASC. Bah! Se acuesta usted, y nosotras secaremos á la lumbre los vestidos.

LIB. Es verdad.

PASC. Entra tú el saquito ese que traía la señora.

LIB. Eh! Cómo!... Yo traía ese saquito de mano?

PASC. Sí señora; lo recogieron los mozos cuando la trajeron á usté.

LIB. Calle! Este saquito es el que traía la joven recién casada que venía en nuestro mismo coche; y sin duda, con la precipitación, me apoderé yo de él. Ya se lo devolveré si volvemos á vernos.

PASC. Vamos, le quitaremos á usté los vestidos, y á la cama, á descansar.

LIB. Pero oiga usted, hay limpieza en la habitación?

PASC. Que si está limpio? Ya lo creo! Todos los años, por víspera de San Juan, se blanquea de nuevo este cuarto y se muda la ropa de la cama.

LIB. Cómo! Una vez al año?

PASC. O antes si hay necesidad. Otra cosa podrá usté pedir aquí, pero lo que es limpieza... Va usté á estar mejor que una reina.

LIB. (Destronada.) En fin, qué remedio. Con tal que las aguas...

PASC. Se quitará usté el gorro, eh?

LIB. Sí, deje usted.

PASC. No crea usté que nosotras nos extrañamos de náa. Cuando corrían por aquí las diligencias, han dormío en esa cama personas muy principales.

LIB. Sí, eh? (Con tal que hayan mudado las sábanas desde entonces...)

PASC. Ajajá! Ahora quitaremos el vestido, eh?

LIB. Sí; allí junto á la cama. Y no me quitaré más que el vestido, que es lo que se ha mojado.

PASC. Bah! No tenga usté escrúpulo.

LIB. No; yo tengo costumbre de dormir casi vestida.

TOM. (Pa que no se le vean los postizos.)

PASC. Como usté quiera. Venga, yo tiraré de la manga.

LIB. Jesús! Si estoy completamente mojada!

PASC. Bah! Gracias á Dios, hay leña en la casa pa secarlo todo.

TOM. (Mirando el sombrero.) (Vaya un gorro que gastan estas señoras!)

PASC. Ajajá! Ahora á descansar, y nosotras secaremos el vestido.

LIB. (Desde la cama.) No se olviden ustedes de despertarme en cuanto venga mi marido.

PASC. Pierda usté cuidado.

LIB. Ah! Cuidado no se caigan unas cajas que van en el bolsillo del vestido

PASC. Aquí? Ah! Sí, aquí las toco. Mejor será sacarlas y dejerlas aquí hasta luego.

LIB. Sí, mejor será.

TOM. Anda! Mire usted, mire usted lo que lleva aquí detrás. (Por la almohadilla del polisón.)

PASC. Un colchón?

TOM. Esto es lo mesmo que trujo de Madrid la hija del alcalde; un... polizonte, paece que dijo que se llamaba.

PASC. Sí, tóo lo llevan postizo estas señoras! Anda! Mira! (Por una de las cajas en la que habrá una dentadura.)

TOM. Calle! Unos dientes!

PASC. Como los que quería venderme á mí el sacamuelas que estuvo aquí por Páscuas.

TOM. Uy! Y aquí una peluca!

PASC. (Digo! Y todavía suspira por su marido!)

TOM. Me parece que se ha perdido por no ver á su mujer!

PASC. Bien puede ser. Anda, anda, sal con cuidado.

TOM. Já, já! Si yo me pusiera un colchoneico de estos ahí detrás... lo que paecería!

PASC. Chist, no grites! (Salen foro.)

ESCENA IV.

LIBRADA.—CÁNDIDO y NICASIO.

LIB. Ay! Qué cama más dura! Qué idea tendrán estas gentes de las comodidades de una reina? Ay! En fin, con tal que estas aguas hagan efecto á Nicasio, todo se puede dar por bien empleado. Ah! (Bostezando.)

NIC. (Por el foro.) Por aquí, sí señor; pase usté por aquí.

CAND. Pero, está usted seguro de que mi pobre mujercita se encuentra aquí, en esta casa?

NIC. Otra! Cuando le digo á usted que ella misma me hizo ir á buscarle...

CAND. Ella misma! Ella misma! Pobrecita de mi corazón!

NIC. Por eso yo al oir que á usté se le había perdido la mujer, dije yo: «pues este es el señor que yo venía á buscar,» y por eso le truje á usté á la venta.

CAND. Y yo se lo agradezco á usted mucho, muchísimo. Es la primera vez que se habrá visto sola en toda su vida el angelito de mi corazón. (Estornudando.)

NIC. Quién? Esa señora?

CAND. Claro! No ve usted que no es señora más que desde ayer á las seis y treinta y cinco de la mañana?

NIC. Otra! Pues, qué era denantes?

CAND. Señorita, hombre. Como que somos recién casados.

NIC. Recién casados? Pues lo que es ella ya se ha casao bien tarde.

CAND. Tarde? A las seis y treinta y cinco de la mañana. Claro! Como que el tren salía á las siete, y la maldita costumbre de viajar en cuanto se casa uno... Nada... no hubo remedio: desde la iglesia nos metimos en el tren. Pobrecita de mi vida! Yo creí que me darían un reservado, porque soy amigo de un sobrino del Jefe de la estación de Madrid; pero entre que el sobrino le había pedido dinero á su tío, y entre el pretexto de que venían muchos viajeros, hemos venido ocho en el coche, y no he podido... etchín!... ni siquiera dirigir dos palabras de amor á mi mujercita. Pobrecita de mi vida.

NIC. Anda! Pues le ha venío á usté bien el desencarrilamiento; aquí pasan ustés una temporá...

CAND. Una temporada? Demonio! Pero, diga usted, dónde está mi Adelaida?

NIC. Quién?

CAND. Mi mujercita, hombre.

NIC. Ah! Ahora vendrá la señá Pascuala y nos dirá

en qué cuarto la ha metió hasta que usté pareciera.

CAND. Pobrecita de mi corazón! Desde que salimos de Madrid han sido una série de calamidades las que nos han ocurrido. Primero chocamos con un tren de mercancías.... luego... se nos rompió la máquina. . y á todo esto, la desgracia de venir seis viajeros más en nuestro mismo coche, y entre ellos uno que no hacía más que mirar á mi mujer desde que supo que era recién casada. Claro! Como que él venía con la suya, una vieja fea y ridícula que no hacía más que quejarse de no tener descendencia. Figúrese usted qué conversación para unos recién casados!... Pero oiga usté, no sale esa señora?

NIC. Voy á ver... (Sube al foro) Ah! aquí viene la señá Pascuala.

CAND. Gracias á Dios.

ESCENA V.

DICHOS.—PASCUALA.

PASC. Eh? Buenas noches nos dé Dios.

CAND. A los piés de usted... digo... para servir á usted.

NIC. Este caballero es el marido de la señora que trugimos denantes.

PASC. Ah! (Pues parece su hijo.) Me alegro mucho en conocer á usted. Está usté bueno?

CAND. Bien, gracias.

PASC. Y la familia?

CAND. La familia? ¡Ah! Llorando se quedaron todos en la estación. Como es la primera vez que Adelaida y yo nos separamos de los papás!...

PASC. La primera vez?

NIC. Sí; es recién casao con la señora de enantes.

PASC. Recién casaos?

CAND. Sí, señora, desde ayer á las seis y treinta y cinco de la mañana.

PASC. Entonces sería ya viuda cuando se casó con usté?

CAND. Quién? Adelaida? Viuda! No señora, soltera y muy soltera.

PASC. Pues na; sea por muchos años. En ese cuarto tiene usté á su mujer. (Izquierda.)

CAND. Allí? Dios mío!

PASC. (Eh? Qué le pasa?)

CAND. Angel de mi vida! Estabas tan cerca de mí, y no me decía nada mi corazon! Oh! Vamos, vamos.

NIC. Ah! Yo no quisiera decir á usté lo qne ya le dije denantes; que soy el que la trujo en brazos.

CAND. Ah! Debo á usted...

NIC. Lo que usté quiera darme.

CAND. La dicha de encontrarla? No lo olvidaré, joven, no lo olvidaré.

NIC. Bien: no lo digo por la propina, sabe usté?

CAND. Sí; tome usted esos dos reales, y...

NIC. Eh? No tengo plata para devolver á usté.

CAND. No; no es preciso. Sí, luego le daré á usted el resto.

NIC. (Dos reales!) (A Pascuala.)

PASC. (Calla. Ya lo pagarán luego en la cuenta.)

CAND. Aquí, eh? (Entra en el cuarto izquierda.)

PASC. Sí, ahí. La hemos metido en la cama y puede que duerma ya.

CAND. Que duerma? Entonces...

PASC. Pero la cama es de matrimonio, y dijo que la despertáramos cuando usted viniera.

CAND. No, no, por Dios. Una emoción así pudiera perjudicarla, después de las muchas que ha tenido hoy. Yo, yo la despertaré con cuidado.

PASC. Vaya, pues que usté descanse.

CAND. Gracias. Buenas noches.

PASC. Ahí queda ese baulito que traía en la mano su señora de usted.

CAND. Ah, sí, su saco de mano!

PASC. Y esas cajas que sacamos del bolsillo de su vestido.

CAND. Bien, bien. Muchas gracias.

PASC. Que usté duerma bien, y si ocurre algo llamar, eh?

CAND. Gracias, gracias.

PASC. (Saliendo) (Recién casaos y parece su abuela.)

ESCENA VI.

CANDIDO. — LIBRADA.

CAND. Dios mío! Ah! Cerraré con llave. Ajajá! Ay! Qué emoción siento! Estoy solo... solo con ella por primera vez. Angel de mi vida! No me atrevo á moverme. Ahí está su saco de mano, el que encierra toda nuestra correspondencia amorosa. Cómo ha cuidado de no separarse de él el ángel de mi vida! Oh! Me acercaré despacito á darle las gracias por este rasgo de delicadeza. (Al acercarse se oye roncar á Librada.) Eh? Demonio! Ronca?... Y me aseguraba que no había roncado en su vida! (Ronquido.) Anda! No; pues no es muy agradable dormir al son de esa trompa de caza. Tal vez el cansancio... Sí, pobrecita... duerme y ronca cuanto quieras, que en estos supremos instantes hasta tu ronquido debe parecerme á mí dulce y sublime melodía. (Ronca más fuerte.) Caracoles! Parece que me oye y aprieta de lo lindo! Pero, por qué me ocultaría este defecto? Bien decía el marido de aquella vieja que venía en nuestro coche, que si las mujeres se mostrasen á los hombres tal como son, habría muchas que se quedarían solteras. Pero lo decía mirando á la mía... A tí, ángel mío. Y es una calumnia... es decir, supongo que es una calumnia, porque el jefe de la estación de Madrid ha sido un tirano con nosotros. Oh! Yo me desquitaré. Sí; porque en medio de todo tiene cierto encanto la situación, cierta poesía... La tempestad... Este refugio inesperado... La noche, el silencio... Oh! Si; voy á quitarme el gabán y la levita. Están chorreando... Qué contendrán estas cajas que llevaba en su bolsillo? (Abre una.) Horror! Qué es esto? Una dentadura postiza? Dios mío! Sí, son sus dientes. No cabe duda. Los suyos... Luego no eran suyos!... Luego... Oh! Y á mí que me han dado siempre tanta

aprensión los dientes postizos... Y yo que admiraba tanto la blancura y la igualdad de los suyos!... Ya lo creo!... Como que los elegiría el dentista entre los mejores que tuviera. Y esta otra caja? (La coje.) Dios mío! (Saca la peluca.)

ESCENA VII.

DICHOS.—RODRIGUEZ y NICASIO.

ROD. (Por el foro.) Sí, hombre, un caballero joven que habló con usted.

NIC. Gueno; pero debe estar durmiendo ya.

CAND. También calva! Qué horror!

ROD. Pues hay que despertarle.

NIC. Corriente: pero yo si se incomoda... (Va á llamar.)

ROD. No importa, llámele usted.

CAND. No es posible. Voy á cerciorarme. (Se dirige á la cama y se detiene al oir llamar.) Eh?

ROD. Dígale usted que le busca su mujer.

NIC. Anda! Pues si su mujer está ahí durmiendo con él!

ROD. Demonio! Entónces no es éste.

CAND. Quién llamará?

ROD. Entónces el otro no parece. Cuánto me alegraría! Recién casadita y sola!... Qué ganga! No llame usted.

CAND. Abriré á ver. (Lo hace.)

ROD. Y yo viudo probablemente.

CAND. Quién?

NIC. Aquí está.

ROD. Calle!... Pues si es él!

CAND. Eh? Me buscaba usted?

ROD. (Levantando la voz.) Sí, pero este joven me decía que estaba usted ahí con su señora...

CAND. Y así es; pero no levante usted la voz porque duerme.

ROD. Cómo! Se han encontrado ustedes ya?

CAND. Sí: hace un momento que tuve la suerte de encontrarla aquí.

ROD. Ah! De modo que mientras yo fuí á la vía vino ella en busca de usted?

CAND. Claro! Figúrese usted... la pobre no se ha separado nunca de sus papás, y verse sola en medio del campo...

ROD. No; si la metimos en la casilla de los peones camineros.

CAND. En la casilla?

NIC. De allí salía cuando la trugimos nosotros aquí. Y que pesaba de lo lindo!

CAND. Ah! Pesaba, eh?

ROD. (No lo entiendo.)

NIC. Ya lo creo! No lo digo por los dos reales de enantes.

CAND. (Pesaba! Vamos; no todo ha de ser como la boca y el pelo.)

ROD. En fin, puesto que ya se han encontrado ustedes, yo lo lamento... digo... yo me alegro, y le deseo una feliz noche de novios... muy feliz...

CAND. Muchas gracias.

ROD. Sí, sí joven; porque supongo que usted no resultará engañado... como yo...

CAND. (Eh? Lo dirá con intención?)

ROD. Porque ya le he dicho á usted durante el viaje mis teorías.

CAND. (Cuerno!)

NIC. Vaya, pues si ustedes no quieren algo más...

CAND. No, nada.

NIC. Está bien.

ROD. Yo también le dejo á usted. Qué sea usted feliz!

CAND. No, un momento. No hay prisa.

ROD. Ah! Usted es filósofo, eh?

CAND. Sí, la idea de los dientes... digo... de la... En fin, caballero, yo quisiera que me explicara usted sus palabras durante el camino.

ROD. Mis palabras?

CAND. Con franqueza. Usted conoció lo de los dientes? Y por eso hablaba, eh?

ROD. Lo de los dientes?

CAND. Eso es: lo de la dentadura postiza.

ROD. Ah! Usted comprendió á lo que yo me refería?

CAND. Entonces, no; pero lo comprendo ahora.

ROD. Pues bien, caballero, á mí me dan mucha aprensión los dientes postizos.

CAND. Y á mí. No puedo con esa idea.

ROD. Ni yo. Por eso cree mi mujer que yo necesito aguas salinas, y no es eso. Lo que yo necesito son dientes verdaderos.

CAND. Oh! Y yo, sí señor, y yo.

ROD. Supóngase usted lo desagradable que es encontrarse la noche de novios con una dentadura en la mesa del cuarto de la mujer propia...

CAND. Cómo! Usted sabe?..

ROD. Eh? No lo he de saber si me sucedió á mí!..

CAND. Oh! Qué casualidad tan providencial!

ROD. Cómo!...

CAND. Y qué hizo usted en vista de ese engaño?

ROD. Yo? Lo primero lavarme las manos por si inadvertidamente había tocado aquella quijada; y después castigar á mi mujer, haciéndola comprender mi frialdad y mi indiferencia por ella. Huí aquella noche.

CAND. Oh! Sí: es una infamia engañar así á un marido.

ROD. Ya lo creo! Una infamia. (Pero qué le importará á este que mi mujer lleve ó no postizos?)

CAND. Oh! Tenga usted la bondad de esperarme. Voy por mi gabán y me voy con usted á tomar el aire.

ROD. Pero cómo!... Deja usted á su mujer sola.

CAND. Sí, está durmiendo. Luego volveré, si acaso... (Entra izquierda.)

ROD. (Si acaso? Este hombre es tonto! Calle! Si yo le diese esquinazo... y volviera... Con la escusa de que no le había encontrado, pudiera reanudar mi conversación y... naturalmente!)

CAND. (Dirigiéndose á la cama.) Pobrecilla! Me da pena dejarla... Pero si no puedo... la idea de los dientes...

ROD. Y ahora que he perdido á mi mujer... Porque debe ser una de las víctimas del descarrilamiento... Qué suerte si así fuera!

CAND. (Por Librada que ronca.) Anda! El ronquido sí que es verdadero.

ROD. Se habrá arrepentido ese lila?

CAND. Qué hacer?

ROD. No, pues, yo no le dejo. (Llamando.) Eh! compañero ..

CAND. Voy. Sí, que pague al menos su engaño. Vamos.

ROD. Creí que se había usted arrepentido.

CAND. Quiá, hombre! (Con la idea de los dientes... es imposible todo.)

ROD. Pues vamos por aquí, vamos.

CAND. Qué noche de novios!

ROD. Bah! Usted es filósofo. (Salen foro.)

ESCENA VIII.

PASCUALA y TOMASA por el foro.

PASC. Tráelo y lo dejaremos aquí sobre esta silla hasta que despierten.

TOM. No se ha secado del todo, pero ya se lo puede poner cuando quiera

PASC. Sí; de aquí á que se levanten...

TOM. Mire usted que ser recién casada con más años que mi abuela!...

PASC. Y el marido que se puso tierno en cuanto le dije que ahí tenía á su mujer!...

TOM. Paece mentira!

ESCENA IX.

DICHAS.—ADELAIDA y NICASIO.

NIC. Entre usted, sí señora, que aquí le truje yo.

ADEL. Ay, Dios mío de mi vida! Ay! Dios mío de mi vida!

PASC. Eh? Otra?

NIC. Ah! Diga usté, señá Pascuala, dónde está el señor que truje yo denantes?

PASC. Eh? Durmiendo debe estar con su mujer, ahí.

ADEL. Cómo!... Mi marido!

NIC. No, si digo el otro, el que vino á buscar al otro de ahí.

PASC. Anda! Qué se yo?

ADEL. Ay, Dios mío de mi vida! No está, sin duda, no está Cándido.

PASC. Eh?

NIC. Corcho! Si le truje yo aquí porque venía en busca del otro.

PASC. Pero, qué, ha habío alguna desgracia en el desencarrilo?

ADEL. Cómo! Desgracia?... Oh! Sí, y ha sido Cándido, mi marido... Ay, ay! Agua... agua!... Me ahogo!...

PASC. Pero, señora!...

ADEL. Ay!... Ay!... (Cae desmayada.)

NIC. Corcho! Que no puedo con ella.

PASC. Entrarla aquí, en ese cuarto, y la acostaremos aunque sea en mi cama.

NIC. Corcho! Pues á todos les da el sobresalto.

PASC. Por aquí, por aquí. (Primera puerta derecha.)

ESCENA X.

RODRÍGUEZ, después NICASIO.

ROD. Bravo! Le dí esquinazo. Pero, cómo me introduzco en ese cuarto? Si él vuelve y sospecha...

NIC. (Sale primera derecha.) Ah! Gracias á Dios! Ahí he traido á su señora de usté.

ROD. Caracoles! A mi mujer!

NIC. Entre usted; llorando está porque no le encontraba.

ROD. Un demonio! Al contrario, díle que me he muerto, que he sido una de las víctimas.

NIC. Eh?

ROD. Ah! Toma dos duros.

NIC. Eh? Vengan.

ROD. Y cuando venga el caballero que estaba en ese cuarto, le dices que su mujer se ha ido.

NIC. Eh?

ROD. Que se ha ido en su busca. Y en cuanto él ha ya salido, me avisas á mí, que esperaré en la casilla de los peones camineros.

NIC. Pero, y su mujer de usté?

ROD. A esa le dices que me he muerto, que no sabes donde estoy.

NIC. Corcho!

ROD. Chist! Dos duros más si cumples bien la comisión.

NIC. Ya lo creo!

ROD. Oh! Volveré, volveré... (Vase foro.)

ESCENA XI.

NICASIO.—Después PASCUALA y CÁNDIDO.

NIC. Dos, y dos más que dice que me dará, cuatro! Vengan desencarrilos tóos los días.

PASC. (Primera derecha.) Sí, no se apure usté. Le buscarán ahora, le buscarán.

NIC. Chist!

PASC. Pero dónde está el marido de esa joven?

NIC. Calle usté, que *sá* muerto.

PASC. Qué?

NIC. Y dos duros me vale la noticia.

PASC. Cómo!...

CAND. (Sale por foro.) Pues señor, no puedo separar la idea de esta dentadura.

NIC. Calle! El otro!

CAND. Eh? Ha despertado ya?

NIC. Su mujer de usted? Se ha ido en busca de usted.

CAND. Salió?

PASC. La de ese cuarto?

NIC. Sí señor, salió hace rato.

CAND. Pero dónde?

NIC. (Ahora á avisar al otro.) Por ahí salió... No se...

PASC. (Bajo á Nicasio.) (Pero salió la que estaba ahí?)

NIC. Chist! Calle usted y venga.

PASC. (Saliendo con Nicasio por el foro.) Pero...

ESCENA XII.

CÁNDIDO, después ADELAIDA.

CAND. Dónde habrá ido? Esto es que ha despertado, ha echado de menos su dentadura y su peluca,

y al saber que yo me había apoderado de ellas ha huido avergonzada de su crímen... No hay duda.

ADEL. (Sale primera derecha.) Ay! Cándido!... Marido de mi alma!...

CAND. Ella!

ADEL. Cómo! Qué pasa? No corres á mis brazos cuando hace dos horas que te busco inútilmente!

CAND. Adelaida... digo, señora, ya supondrás que lo sé todo.

ADEL. Eh?. . Qué dices?

CAND. Que soy poseedor de tus más íntimos secretos.

ADEL. De mis secretos?

CAND. Calle!... Llevas los dientes! Tienes dos juegos para reponer en caso de necesidad?

ADEL. No entiendo.

CAND. Es inutil que finjas. Ahora me explico por qué le pareció á usted duro el pollo de mi padre.

ADEL. El pollo?

CAND. Sí, señora; el pollo asado que nos trajo á la estación para alimentarnos durante el camino.

ADEL. Ah! Sí; me pareció duro porque lo estaba.

CAND. No hay tal. El pollo era tierno y muy tierno.

ADEL. Pues no fuí yo sola quien lo encontró duro. El mismo defecto le encontró aquella señora que venía con nosotros.

CAND. Razón de más, porque aquella señora, según confesión de su marido, tiene el mismo defecto que tú.

ADEL. Eh? Pero, qué dices?

CAND. En fin, quítatelos al menos.

ADEL. El qué?

CAND. De lo contrario, yo no podré darte un beso nunca, nunca!

ADEL. Eh? (Ay Dios mío de mi vida! Está loco!)

CAND. Nunca. Se me figuraría que besaba á tu dentista.

ADEL. (No hay duda, está demente.)

CAND. Prefiero verte sin dientes á que los lleves postizos.

ADEL. Eh? Cómo! Postizos mis dientes.

CAND. Sí, y tu pelo. (Queriéndola quitar el sombrero.)

ADEL. Eh! Quita. (Le empuja y le sienta en una silla.)

CAND. Ay, Ay!

ADEL. Me alegro.

CAND. (Llevándose la mano al faldón de la levita y sacando la dentadura sin caja.) Me has mordido traidoramente!

ADEL. Oh! Ya lo entiendo todo. Usted es un infame, que, habiéndose arrepentido de nuestra boda, trata de buscar un pretexto... Ay, ay!

CAND. Pero si es que á mí me han dado siempre mucha aprensión los dientes postizos.

ADEL. Oh! Basta, basta.

CAND. Quítatelos al ménos.

ADEL. Oh! Hasta nunca... hasta nunca... infame!

CAND. (Saliendo tras ella.) Pero oye... oye... Quítatelos al ménos. (Sale foro por el lado contrario que Adelaida.)

ESCENA XIII.

NICASIO, después RODRIGUEZ.

NIC. (Se oye sonar el pito del ferrocarril.) Eh? Ha sonado el pito de la máquina. Eso es que avisan sin duda para la salida del tren.

ROD. (Entrando por el foro.) Era él!... Iba como alma que lleva el diablo!

NIC. Ah! Ahora iba yo á avisar á usted.

ROD. Cumpliste mi encargo?

NIC. Dos duros me debe usted.

ROD. De modo que esa señora está ahí? Y él, creyendo lo que tú le digiste...

NIC. Eso es, debe haberse ido á tomar el tren, pensando que ella. .

ROD. Bravo! Toma. Ah! Y mi mujer?

NIC. La de usted? No sé, pero metida debe estar tambien en el tren pa dirse.

ROD. Magnífico! Anda, ve á la vía á cerciorarte por tí mismo.

NIC. Que vaya yo?

ROD. Sí, anda, anda. Otros dos duros si los ves partir.

NIC. A escape voy. Ya lo creo (Sale, foro.)

ESCENA XIV.

RODRIGUEZ.—LIBRADA.

ROD. Y ahora yo. (Va á entrar en el cuarto de la izquierda.) Es una infamia; pero yo necesito explicar á esa señora su situación. Es indispensable que yo se la explique. Me pedirá que sea su acompañante hasta el primer tren que pase. Sí, ánimo. (Entra en el cuarto tropezando y cayendo.)

LIB. Eh? Quién vá? (Al oir el ruido.)

ROD. (Demonio!) Soy yo... yo...

LIB. Eh? Quién?

ROD. Yo, señora. No se asuste usted. Un caballero que viene á explicar á usted su situación.

LIB. Nicasio!...

ROD. (Eh!... Mi nombre!) Oh, señora! (Sabe mi nombre.)

LIB. (Levantándose en enaguas.) Nicasio mío!

ROD. (Demonio! Mi mujer!)

LIB. Oh! A mis brazos.

ROD. (Zambomba!)

LIB. Entrabas á sorprender á tu mujercita?

ROD. Sí ... á .. sorprenderme. (Pero cómo es esto?)

LIB. Amor mío!

ROD. Entraba á decirte... que el tren va á partir, que no hay tiempo que perder.

LIB. Y qué importa? Nos quedamos aquí.

ROD. Un demonio!

LIB. Eh?

ROD. Vamos, vamos.

LIB. Pero de todos modos, cómo voy á salir sin mi vestido?

ROD. Ah! Ahí fuera he visto uno. Debe ser él. Espera.

LIB. Entraba á sorprenderme! Son salinas las aguas de este pueblo, indudablemente.

ROD. Toma, vístete pronto. Voy á ver si tenemos tiempo todavía. (Y á ver donde se ha metido esa mujer.)

LIB. No tardes.

ESCENA XV.

LIBRADA.—A poco CÁNDIDO.

LIB. Qué contrariedad continuar el tren su marcha cuando nuestro viaje pudiera acabar aquí! Calle! Y mis cajas? Dijo la ventera que las dejaba sobre la mesa. (Buscándolas.)

CAND. (Por el foro.) No la encuentro por ningún lado y el tren dicen que va á marchar. Ah! Habrá entrado en su cuarto? Ahí quedó su saco de mano. (Entra á la izquierda.) Ah! Aquí está.

LIB. Un hombre!... Cielos! Socorro! Socorro!... (Tira la luz y dando fuertes gritos.)

CAND. Demonio!

LIB. Nicasio!... Socorro!...

CAND. Eh! Y no veo.

ESCENA XVI.

DICHOS.—RODRIGUEZ.

ROD. (Por el foro.) En marcha, eh? No hay luz?

LIB. Socorro!...

ROD. (Encendiendo un fósforo.) Qué pasa? Cómo!... Usted aquí?

CAND. Sí; yo, que creyendo que estaba aquí mi mujer...

ROD. Eh?

LIB. No; este caballero entró hasta aquí á sorprenderme.

CAND. Eh?

ROD. Caballero!

CAND. Pero, puede usté creer?

LIB. No lo niegue usted.

CAND. Pero, señora, si esta es la habitación que ha ocupado mi mujer toda la noche.

LIB. Cómo es eso? Si he estado yo durmiendo en esa cama desde que me trajeron.

CAND. Cómo! Usted?

ROD. Tú?... Caballero, esto necesita una explicación.

CAND. Usted?... Entónces, estos objetos?

LIB. Mis cajas!...

ROD. Y cómo las tiene este caballero?

CAND. De usted? Entónces mi mujer... Ay! Ay!... Pobrecita de mi alma!

ROD. Caballero! Caballero...

CAND. Oh! Permítame usted. Yo necesito buscarla y explicarla mi error.

ROD. No señor. Usted entró en esta habitación cuando dormía mi mujer.

ESCENA XVII.

DICHOS.—NICASIO.

NIC. (Por el foro.) Se fué el tren.

ROD. Eh? Se fué?

LIB. Se fué?

CAND. Dios mío! Y se fué sin duda mi mujer...

NIC. Pero la de usted no se ha ido.

LIB. (Eh? Yo?)

NIC. Ya le dije el recao que usted me dió; que se había usté muerto.

ROD. (Demonio!)

LIB. Cómo!

NIC. Y ahí viene llorando con la señá Pascuala.

LIB. Pero, qué dice este hombre?

ROD. Otro error, otro error sin duda.

CAND. Y dónde encontrarla?

ESCENA XVIII.

DICHOS.—PASCUALA y ADELAIDA.

PASC. (Por el foro.) No se apure usté.

ADEL. Ay! Dios mío!...

NIC. Aquí viene. Escóndase usted si no quiere verla. (Bajo á Rodríguez.)

LIB. Pero, qué dice?

CAND. Ah! Adelaida mía!

ADEL. Cándido!

NIC. Eh? Se abraza su mujer de usté con el otro? (A Rodríguez.)

LIB. Qué, su mujer?

ROD. Chist! Ya lo explicaremos. Tiempo hay, puesto que el tren se ha marchado.

ADEL. Eran de esa señora?

CAND. Sí. (Hablan bajo.)

ROD. Por de pronto: á quién pertenece esa habitación? Sepamos.

LIB. A mí.

CAND. Eh?

PASC. Eso es; á esa señora y á este señor. (Dirigiéndose á Cándido.) Toma! Como que ya han pasado toa la noche juntos.

LIB. Eh?

ADEL. Tú? (A Cándido.)

CAND. Protesto Entré creyendo que eras tú; pero el señor es testigo de que salí inmediatamente.

ROD. Sí, señor. (Bajo.) Tuvo usted una inspiración.

LIB. Pero...

ROB. Ya te lo explicaré.

CAND. Entónces nos dará usted otra para mi mujer y para mí.

PASC. Eso quisiera yo; pero no hay más cuarto que ese.

CAND. Demonio!

ROD. Una idea: cabemos los dos matrimonios...

CAND. Un diablo!

ROD. Acostándose solo las dos señoras, y marchándonos nosotros á tomar el fresco.

ADEL. Sí.

CAND. Eh?

ADEL. (Bajo.) Con eso te castigaré.

CAND. Dios mío! Pero no he de verme solo.

ROD. Sea usted como yo, filósofo.

CAND. (Al público.)

Compensad, pues, mi aflicción,
y al final de esta jornada,
concededme una palmada
antes que baje el telón.

(Telón.)

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, PARÍS. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, LISBOA y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, PORTO. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, MILAN.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.